

## EL DES-APEGO ANTROPOLÓGICO

Fabián Sanabria Sánchez

Ciudad Universitaria de Bogotá, 4 de noviembre de 2009

**E**n días pasados, un titular de prensa llamó poderosamente mi atención: “Discurso del presidente de los Estados Unidos divide a la nación americana”. Consulté algunas páginas de diarios nacionales e internacionales para ver qué había dicho el presidente Barack Obama, de modo que según la prensa había dividido a su nación. ¿A quiénes y en qué contexto se dirigió? Se iniciaba el año escolar y habló a los niños de su país desde una escuela. ¿Qué les dijo?: que estudiaran, que no abandonaran las clases, que las valoraran, que aprendieran a construir un proyecto de vida, que no se entregaran en cuerpo y alma al ciberespacio. ¿Y por qué tanto alboroto? En realidad fue un escándalo republicano. Los críticos dijeron que el presidente estaba manipulando a los niños, que los estaba alienando...

Ese hecho me hizo pensar en dos momentos muy significativos de la vida y obra de Claude Lévi-Strauss. El primero de ellos, en 1950, cuando introdujo *Sociología y antropología*, de Marcel Mauss. El segundo, en 1975, cuando concluyendo su seminario anual en el Colegio de Francia sobre la identidad —no porque ese tema estuviera de moda, sino justamente porque él quería contestar el *Prêt à penser* de la época— subrayaba lo ridículo que le parecía el titular “crisis de identidad”, puesto que esa noción no es más que una especie de foco virtual al que nos es indispensable referirnos para explicitar un cierto número de cosas, sin que ella tenga una existencia real. Añadía Lévi-Strauss que tocaba ir más allá, constatando que su existencia es una construcción puramente teórica: la de un límite al que en realidad no corresponde ninguna experiencia. Con ese mismo espíritu aceptó participar ese mismo año en una mesa redonda, en el teatro del Odeón de París, sobre el tema de “la escuela y el niño creador”.

Ahora bien, en 1950, cuando introdujo la obra de Marcel Mauss, Lévi-Strauss escribió: “Aquel que llamamos sano de espíritu es en realidad quien se aliena, ya que consiente en existir en un mundo de-

finible solamente en la relación con un otro” (1960: xx)<sup>1</sup>. Y en el 75, momento del cual les he hablado, tras concluir su seminario sobre la identidad, se sentía horrorizado con los participantes que manifestaban que el aprendizaje del niño era una empresa inútil y a la vez un atentado contra la libertad, como si los recursos intelectuales y los esfuerzos espontáneos de todo menor de edad fueran suficientes, excluyendo cualquier coacción y dejándole a la escuela la única función de no obstaculizar el “libre desarrollo de la personalidad”. A la época, Lévi-Strauss recordaba ciertos hechos morales y psicológicos olvidados por los educadores y denunciaba lo absurdo de una sociedad deseosa de convertir a todos sus niños en “creadores”. Subrayaba además que el mismo tema del coloquio era un error y reflejaba una de las aberraciones de las sociedades contemporáneas. Años más tarde, en *La mirada lejana* (1983), “porque somos nosotros mismos, convertidos en consumidores desenfrenados, quienes cada vez mostramos menos capacidad para crear [...] angustiados por nuestras carencias, estamos a la espera del hombre creador y, como no lo vemos por ningún lado, nos dirigimos en nuestra desesperación hacia los niños”.

¡Quién lo creyera!, ¿el autor de *La mirada lejana* defendiendo la alienación? Todo lo contrario. Justamente esbozaba una lúcida reflexión a propósito de la sociabilidad, reflexión que solo se logra con la distancia, ese ámbito que suele ser un imperativo para el etnólogo: separarse de su propia cultura para aproximarse a la del otro (lejano y cercano), sabiendo que ese ejercicio, por controlado que sea, resulta siempre incompleto. Porque así adquiramos buena parte de los modos de sentir, pensar y actuar del otro, al menos nuestro acento nos delata. Empero, esa mirada lejana exige dos nuevos movimientos: una vez que se está donde el otro y se aprende rigurosamente algo de él, hay que alejarse nuevamente, separarse, regresar. Y en esa nueva separación y acercamiento a la propia cultura, ¡qué inquietante extranjería, qué extrañamiento!, hemos vuelto y no somos los mismos. Es entonces cuando la etnología pronuncia a su modo aquello que el poeta desesperado por reinventar el amor proclamó: “Je suis un autre”. O si se quiere, conjugando mejor el tercer humanismo esbozado por el autor de *La pensée sauvage* en *Antropología*

---

1 Lévi-Strauss, C. (1960 [1950]). Introduction a l'œuvre de M. Mauss. En M. Mauss, *Sociologie et anthropologie*. Paris: Presses universitaires de France.

*estructural* II: “Yo soy otro”. Porque ya han pasado el Renacimiento y la época de los grandes exploradores de los siglos XVIII y XIX, por eso Lévi-Strauss justamente dibuja ese otro humanismo, el humanismo del otro hombre tan caro a Emmanuel Lévinas.

Finalmente, por escandaloso que parezca, hemos ingresado al “tiempo de las tribus”, al tiempo de ese otro lejano y cercano gracias a la etnología. Estamos en el tiempo de ese otro que es el único capaz de enseñarnos algo más sobre nosotros. Y ese principio, paradójicamente des-integrador de nuestra identidad, resulta integrador de la alteridad y es válido para cualquier etnólogo: europeo, asiático o amerindio. Mirada lejana que nosotros aquí pluralizamos y, más allá de mostrarnos la contradicción de una distancia, es separación y proximidad (alejarse y acercarse para ver mejor), quizás para comprender o para testimoniar (sin dejar de inventar), como lo señala Antoine Compagnon en su último curso del Colegio de Francia. Por eso este oficio no es más que una profunda invitación al desapego, al desapego de sí para darle cabida al otro, al desapego identitario para abrirle compuertas a la alteridad; ya no un planteamiento espiritual como el de los primeros franciscanos, sino un programa de investigación que se renueva: “Omnia habentes Nihil possidentes”.

Hoy y siempre, vamos a recordar la importancia de la obra de Claude Lévi-Strauss en las Ciencias Sociales y Humanas. Toda una corriente que sigue fluyendo y, felizmente, nos desborda en plural. Desbordamientos que también le da cabida a derivaciones poéticas:

Vanamente tu imagen llega a mi encuentro  
Y no me alcanza donde estoy sino el reflejo  
Tú volviéndote hacia mí no sabrías encontrar  
En el muro de mi mirada sino tu sombra soñada  
Soy ese desdichado comparable a los espejos  
Que pueden reflejar pero no ver  
Como ellos mi ojo está vacío y como ellos habitado  
De tu ausencia donde nace mi ceguera.

LOUIS ARAGÓN, *Contre-Chant* (1963)

FABIÁN SANABRIA SÁNCHEZ  
*Decano · Facultad de Ciencias Humanas*  
Universidad Nacional de Colombia